

dados mayor afecto y adhesion que en su próspera fortuna.

El rasgo de lealtad de los tlaxcaltecas, amparando al que volvía agobiado por la desgracia, honra á un pueblo, pues revela los sentimientos nobles y levantados de una raza valiente y generosa.

Pronto estuvo dispuesto el corto ejército para emprender la marcha. Se colocó á los enfermos y heridos mas graves en camillas hechas de enramada, que los indios cargaron en hombros, y en el mismo instante salieron de la hospitalaria poblacion de Huejotlipan para dirigirse á la capital.

El camino se encontraba lleno de gente que acudía de las aldeas y pueblos á saludar á sus antiguos huéspedes. Al aproximarse á la ciudad de Tlaxcala, los habitantes, entonando nacionales himnos y tañendo ruidosos instrumentos, salieron á recibirles. Al pasar las tropas tlaxcaltecas, las madres, los hermanos y las mujeres de los que llegaban, corrían á abrazarles, dando gritos de alegría, en tanto que las personas que no encontraban á su hijo, á su esposo ó á otro sér querido, exhalaban dolorosos ayes que desgarraban el corazón. Este es el drama de la vida: al lado del que goza el que sufre; junto al rico potentado, el infeliz mendigo; á pocos pasos de la risa, el llanto (1).

(1) «Sobrevinieron las mujeres tlascaltecas; y todas puestas de lutos y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habían ido con los españoles y quedaban todos allá muertos: no es menos, sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazón del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes.»— Sahagun. *Historia de Nueva España*, MS.

La recepción hecha á los españoles cuando volvían llenos de necesidad y de miseria, no fué menos brillante que la que se les hizo la vez primera que se presentaron victoriosos y llenos de poder. Conducta noble que habla muy alto en favor de los hidalgos sentimientos de aquel pueblo guerrero y generoso.

El senador Maxixca, queriendo proporcionar á Hernán Cortés todas las comodidades de la vida, le dió su palacio para que se alojase en él con sus oficiales. El anciano Jicotencatl, no menos afectuoso, destinó el suyo á Pedro de Alvarado, ocupando la tropa los aposentos mas amplios. La abundancia de víveres, la ventilación de las espaciosas piezas, los cómodos lechos, el aseo y el descanso, hicieron recobrar las fuerzas, la alegría y el vigor á los que habían llegado extenuados por el hambre, el cansancio y la miseria. Los heridos y enfermos, asistidos cuidadosamente, iban recobrando la salud, aunque muchos tuvieron que sufrir terribles operaciones, á causa de no haberse podido hacer bien la primera curación. Hernán Cortés fué uno de los que mas padeció por esa causa. Además de la herida de la mano, había recibido varias en la cabeza, y no habiéndolas podido curar bien al principio, cobraron un carácter alarmante al llegar á Tlaxcala. La herida recibida en la mano izquierda le inutilizó dos dedos de ella (1); pero especialmente una de las que recibió en la cabeza, llegó á presentar un aspecto sério. Mal curada en un principio, y agravada por el continuo trabajo mental y físico,

(1) «E yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.»—Segunda carta de Cortés.

fué preciso extraerle alguna parte dañada del cráneo. La operacion produjo una fiebre, y el hombre extraordinario que, superando los obstáculos y desafiando los peligros, acababa de alcanzar una gran victoria, se encontraba prostrado en un lecho, sin fuerza para defenderse del mas débil de los hombres (1).

Notable interés manifestaron por la vida del caudillo español los habitantes de la república. Los cuatro jefes del Estado, los caciques de los pueblos, la nobleza, los principales capitanes del ejército, todas las personas, en fin, de algun valer en el país, iban á informarse del estado que guardaba la salud del jefe castellano. Solamente un personaje no participaba del sentimiento general. Por el contrario, parecia complacerse en la gravedad del herido y anhelar su muerte. Este personaje era el jóven general Jicotencatl. Valiente y ambicioso de gloria, veia eclipsada la estrella de la inmortalidad á que habia aspirado desde que abrazó la carrera de las armas. Antes de la llegada de los españoles, su nombre habia adquirido celebridad en las naciones del Anáhuac por las distinguidas victorias por él alcanzadas. Animado de noble ambicion, salió al encuentro de Cortés, cuando penetró por la vez primera en el país. Habia escuchado celebrar sus triunfos, y anhelaba medir sus fuerzas con las de los hombres que eran considerados como semidioses. Vencido varias veces, no desmayó su ánimo y volvió á la lucha con noble esfuerzo,

(1) «Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien, sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó.»—Gomara. *Crónica*, cap. 110.

hasta que el Senado celebró la paz y la alianza con los castellanos. Desde ese instante quedó cerrada para él la senda de la gloria. Mientras existiese el caudillo español, ningun otro guerrero podria figurar sino en esfera muy inferior. El jóven Jicotencatl aspiraba á ser el primero, y no podia resignarse á permanecer oscurecido. Pero no era solamente la ambicion de alcanzar inmortal renombre la que le hacia desear la muerte de Cortés. Sentia que su país hubiese reconocido como soberano al monarca de otra nacion, y veia en la muerte del caudillo español, la salida de sus tropas. Ciertamente es que el Gobierno de la república obraba con absoluta independendencia y que en nada se habia alterado el sistema que constantemente habia regido á la nacion; pero temia que, con el transcurso del tiempo, se operasen cambios que limitasen las libertades patrias.

La robusta naturaleza de Hernan Cortés triunfó al fin de la fiebre producida por la herida, y pocos dias despues se encontraba completamente restablecido de su salud.

De los soldados heridos, únicamente cuatro perecieron, así como algunos enfermos. El cuidadoso esmero de los tlaxcaltecas contribuyó eficazmente á que no pudiesen mas. Agradecidos los españoles á la benéfica hospitalidad encontrada, obsequiaban á los tlaxcaltecas, partiendo con ellos los objetos pertenecientes al botin de la última batalla y algunas piececitas de oro salvadas en la Noche Triste. Hernan Cortés, queriendo corresponder noblemente á los favores del caballeroso senador Maxixca, le regaló el estandarte quitado al general mejicano en el combate de Otumba, trofeo que el noble tlaxcalteca recibió con extraordinaria satisfaccion.

Veinte días llevaba el ejército de haber llegado á la hospitalaria tierra de Tlaxcala. Durante ese tiempo, empleado en curar los heridos, en componer las armas y los petos, en recobrar las fuerzas perdidas por el hambre y en asear sus gastados uniformes, tuvo noticias el jefe español de los sucesos acontecidos á la gente que antes de ir á Méjico al socorro de Alvarado, habia dejado en diversas provincias.

Habia dejado Hernan Cortés en Tlaxcala, al ir contra las fuerzas de Narvaez, varios objetos de valor que sacó de Méjico, y otros no menos importantes que llevó Juan Velazquez de Leon, de la provincia de Goatzacualco. Consistian en barras de oro, alhajas, equipo de los soldados y considerable cantidad de ricas telas de algodón (1).

Obligado á ir en socorro de Alvarado, Hernan Cortés creyó prudente dejar el tesoro en el mismo sitio, hasta pacificar el movimiento de la capital. Poco despues de haber llegado á Méjico y de empezar la lucha en las calles, marchó de Veracruz á Tlaxcala una fuerza española, compuesta de cuarenta y cinco infantes y cinco soldados de caballería. Con ella iba un criado de Hernan Cortés. Ignorando lo que pasaba en la capital y creyendo que, como hasta

(1) «Que yo allí habia dejado con toda la plata y ropa y otras cosas, así mias como de mis compañeros, con siete mil pesos de oro fundido que yo habia dejado allí en dos cofres, sin otras joyas, y mas otros catorce mil pesos de oro en piezas que en la provincia de Tuchtepeque se habian dado á aquel capitan,» (Juan Velazquez de Leon) «que yo enviaba á hacer el pueblo de Quacucalco, y otras muchas cosas que valian mas de treinta mil pesos de oro; y que los indios de Calúa los habian muerto en el camino á todos, y tomado lo que llevaban.»—Seg. carta de Cortés.

entonces, el camino estaba seguro, tomaron el tesoro con todos los demás objetos de ropa que habia dejado, y se dirigieron hácia Méjico para entregarlo todo al caudillo español. Atacados en el camino por numerosas fuerzas mejicanas, perecieron en la lucha, llevándose los vencedores el oro y las valiosas telas. El mismo fin funesto alcanzaron cuatro vecinos de la Villa Rica, al volver á la poblacion con la parte que se habia separado del tesoro de Moctezuma para la guarnicion, y que Cortés dejó tambien en Tlaxcala, para que les fuese entregada. Otros doce españoles fueron asesinados en Tepeaca; varias partidas, en menor número, en diversas poblaciones que eran feudatarias de la corona de Méjico; y algunos que habian logrado no caer en poder de los indios, anduvieron errantes por algun tiempo, caminando por extraviados senderos, hasta que desfallecidos por el hambre quedaban muertos en las selvas, grabando algunos su nombre en el tronco de los árboles como el adios de despedida que daban á sus compatriotas y al mundo.

Profunda sensacion causaron en Cortés estas funestas noticias; y temiendo que igual suerte hubiera sufrido al guarnicion que dejó en la Villa Rica de la Veracruz, despachó algunos mensajeros para que se informasen de si existia ó no la fuerza española. Con ellos envió una carta para Rodrigo Rangel que dejó de gobernador en la plaza, refiriéndole los tristes sucesos de la capital. Con viva impaciencia esperaba la vuelta de los enviados. Veracruz era el único punto de retirada donde podia hacerse fuerte y salvar el resto de su ejército. Los mensajeros volvieron á los pocos dias con noticias satisfactorias que inundaron

de gozo el corazón del general. Eran portadores de una carta del jefe de la Villa Rica. Ninguna novedad había habido en la colonia, y la provincia totocana continuaba siendo fiel aliada de los castellanos.

Mientras los españoles se curaban de sus heridas en Tlaxcala y restauraban sus fuerzas con los buenos alimentos y el descanso, veamos lo que los mejicanos hacían en la capital.

Hallándose vacante el trono por la muerte de Moctezuma, se procedió al nombramiento del monarca que debía sucederle en el trono. Nadie reunía más relevantes cualidades para empuñar el cetro de la belicosa nación azteca, que Cuitlahua, hermano del finado rey, y señor de Iztapalapan. Era hombre de levantados sentimientos, de claro talento, de extraordinario valor y de una actividad sorprendente. Bajo su gobierno, la ciudad de Iztapalapan había crecido notablemente; se construyeron magníficos edificios, adelantaron las artes y las ciencias, aumentó la agricultura, y embelleció la población con magníficos jardines que llamaron la atención de los españoles, así por la delicadeza con que estaban cultivados, como por el gusto en la elección de las plantas y las flores. Siempre se había manifestado opuesto á la recepción de los españoles; y desde el momento que desembarcaron, aconsejó á su hermano el emperador Moctezuma, que enviase sus ejércitos para combatirlos. Indignado por la escena sangrienta verificada en los nobles por orden de Alvarado, levantó el estandarte de guerra contra los hombres blancos, y juró no dejar las armas hasta no arrojarlos del territorio mejicano. Activo y valiente, él dirigió los asaltos dados á los cuarteles, orga-

nizó las tropas y dispuso el orden de defensa en las calles. Su pericia militar y su espíritu guerrero le conquistaron un lugar distinguido entre los generales aztecas, y las disposiciones tomadas durante los días de combate en la capital, revelan al hombre enérgico y previsor (1).

La nobleza, teniendo en cuenta los servicios prestados en los más solemnes instantes á la patria, y conociendo que era preciso poner al frente de los destinos de la nación á un hombre que velase por el honor y honra de ella, le eligió soberano.

La fiesta de la coronación se celebró con las ceremonias establecidas. Era costumbre que se sacrificasen en esa solemnidad los prisioneros hechos en los combates á que había asistido el electo rey. Es de creerse, por lo mismo, que los prisioneros españoles y tlaxcaltecas, hechos en la Noche Triste, fueron sacrificados en la coronación de Cuitlahua. ¡Cuántas veces, al considerar que iban á ser conducidos á la sangrienta piedra, envidiarían á los que habían sucumbido en las zanjas y las calles!

Terminadas las fiestas de la coronación, Cuitlahua se entregó exclusivamente á los sagrados intereses de la patria. Al mismo tiempo que hacía reparar los males sufridos en la ciudad durante los combates, envió mensajeros á to-

(1) Solís hace de Cuitlahua, á quien llama Cuetlabaca, un retrato que no está de acuerdo con el que hacen de él Bernal Díaz, Cortés, Gomara, Torquemada y otros. Todos le pintan como hombre activo y valiente. Solís, por el contrario, dice que «vivió en el trono pocos días, pero bastante para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos entre los suyos la memoria de su nombre.» La justicia exige que no se acoja la pintura desfavorable que presenta Solís.

das las provincias feudatarias, ordenándolas que se armasen para ir en socorro de la capital, en caso de que los hombres blancos volviesen á penetrar en el valle y pretendiesen atacarla. Para interesarlas en favor del imperio, y hacer que desapareciese de ellas el resentimiento que, como sojuzgadas, guardaban hácia los mejicanos, les relevó del pago de algunos impuestos y les prometió grandes premios. Las poblaciones situadas en el valle y las que se hallaban próximas, protestaron fidelidad y se dispusieron para acudir en defensa de la capital del imperio, cuando fuese necesario. No sucedió lo mismo con los pueblos que se encontraban distantes y sobre los cuales no podia caer inmediatamente la fuerza del imperio. Los totocanos, lejos de inclinarse á obsequiar el deseo del nuevo emperador, se manifestaron más adictos á los españoles; otras provincias, creyendo llegado el instante de sacudir el yugo sufrido hasta entonces, se negaron abiertamente á prestar auxilio á Méjico, y muchos pueblos permanecieron sin hacer demostracion ninguna, indecisos sobre el partido que debian tomar. El imperio mejicano habia conservado en la obediencia á las ricas provincias conquistadas, no por el amor que inspiran los gobiernos bondadosos, sino por el miedo que causan con sus medidas severas. Su grandeza descansaba en el terror y no en el cariño de los pueblos sometidos; y esa grandeza, que reconocia por base única la fuerza de los ejércitos, tenia que derrumbarse en el instante en que las armas tuviesen que acudir á la defensa de su propia capital.

Esto acontecia en aquellos instantes con el imperio azteca. Se veia precisado á ocupar sus escuadrones en la

defensa de su propia existencia; y los pueblos, al verse libres de las opresivas armas que les sujetaban, no solamente le negaron la obediencia, sino que se declararon sus mas terribles enemigos.

El emperador Cuitlahua, tratando de interesar á todas las naciones del Anáhuac en el exterminio de los hombres blancos, pues destruidos que fuesen podria ocupar sus ejércitos en hacer volver á la obediencia las provincias rebeldes, envió una embajada á la república de Tlaxcala, á quien Méjico habia mirado siempre con implacable odio. Eligió para embajadores á seis personas de las mas notables del imperio por su prudencia, saber y distinguido nacimiento. Los enviados se dirigieron á la nacion vecina, llevando un presente de ricas telas de algodón, hermosas plumas, sal y otros efectos de que carecian los tlaxcaltecas, y que eran altamente apreciados por ellos. El Senado recibió á los embajadores con las distinguidas consideraciones usadas entre las naciones del Anáhuac, y admitió el presente como prueba de buena voluntad hácia el país que lo enviaba. El precioso presente del emperador de Méjico sorprendió de una manera extraordinaria á los jefes de la república. Veian en aquel paso dado por el monarca azteca, una galantería y atencion que nunca habian alcanzado de sus tenaces enemigos. Para escuchar á la embajada y resolver los puntos que se tocasen, convocaron el Senado ó consejo, que se componia de las personas de la primera nobleza de la nacion y de los principales jefes de ella.

Reunida la asamblea, los embajadores mejicanos expusieron el objeto de su embajada. Manifestaron que, aunque hasta entonces habian sido capitales enemigos los me-